



# El "Kaputt", de Curzio Malaparte

(Viene de la pág. anterior)

esta Europa ultramadura y ya secretamente descompuesta encierra. Estos centelleantes rastros de un mundo feliz, ese mundo evocado en la Varsovia de 1920 (127-129) en el París "proustiano" (30-31) en la Nápoles del buen tiempo viejo (355), Malaparte se resiste con todo su espíritu y su carne a abandonarlo, aunque sabe que lo tiene que hacer, que ya lo ha hecho.

Conoce que sus frutos, son frutos fúnebres en los que todo ha sido resignado a abonar un esplendor solitario, sabe, como Shakespeare, "que son dulces los olores de las muertes dulces".

## ● UNA ETICA MALAPARTIANA. —

Aunque Malaparte no se detiene a "explicar" la guerra, aunque bastante tiene con presentarla, su interpretación, parcial intento de hacer inteligible el espectáculo, pertenece a las que apelan a los resortes de "la psicología nacional". Para él, es el "miedo alemán": "En ninguna parte de Europa me había parecido el alemán tan desnudo, tan al descubierto como en Polonia. En el transcurso de mi larga experiencia bélica, me había ido persuadiendo de que el alemán no tiene ningún miedo del hombre fuerte, del hombre armado que lo afronta con valor y se mantiene erguido. El alemán tiene miedo de los inermes, de los débiles, de los enfermos. El tema del "miedo", de la crueldad alemana como efecto del miedo, se había convertido en el tema fundamental de toda mi experiencia... Lo que mueve al alemán a la crueldad, a los actos más fría, más metódica, más científicamente crueles, es el miedo. El mie-

do a los (primidos, a los inermes, a los débiles, a los enfermos; el miedo a los viejos, a las mujeres y a los niños; el miedo a los judíos... La misteriosa nobleza de los oprimidos, de los enfermos, de los débiles, de los inerte, la envidia y la teme, quizás más mes, de los viejos, de las mujeres y de los niños, la adierte el alemán, la sien que ningún otro pueblo de Europa... (págs. 79 y 80).

Como esto se reitera a menudo, como las causas económicas, políticas o ideológicas son desechadas, el miedo alemán, salvo que fuera contagioso parecería dejar sin sentido todo el salvajismo o corrupción: croata, rumana, italiana, que en "Kaputt" se exhibe. Pero bien dice Malaparte, y aquí vale el d.stingo, que la guerra no es en su libro más que un paisaje, o una perspectiva. Y el miedo alemán, y la conciencia misma, no fueron sino el ocasional explosivo de una Europa que estaba ya rota, ya deshecha, ya terminada, el 3 de Setiembre de 1939. "Kaputt" —vocabo alemán, del hebreo "koparoth" del francés "capot", regado entonces por tres culturas— fue así la consigna nihilista del "furor teutónico" sobre sus conquistados. Malaparte la vió, con su "alegría cruel" volverse sobre sus mismos titulares, sobre sus mismos inventores. Al fin, verdugos y víctimas aparecen, pero sin absolución pilatesca, con fina distinción de culpas, como ciegos instrumentos fodos de una voluntad casi cósmica de suicidio.

La literatura de la primera guerra mundial —nos referimos en realidad a la de la primera postguerra, para no confundir en un mismo rubro a un Sasoon a un Remarque y a un Glaeser— apuntó con monotonía a desta-

car los aspectos materiales del sufrimiento y de la muerte y la locura institucional de una cultura que llevó a los hombres, contra su voluntad, contra su interés, al mutuo asesinato. Dorgelés y Barbusse, Remarque, Renn, Glaeser y Leonard Frank, lograron versiones variables —no siempre indeficientes— de una misma visión, de una misma experiencia.

En las últimas páginas de una novela de Leonard Frank, entre los soldados que sueltan las armas y vuelven a sus hogares, se levanta un rumor apagado, rodante, invasor: El hombre es bueno... El hombre es bueno... La exclamación vale por una conducción compartida. Salvaron así de la prueba, los escritores de la primera guerra mundial, una sólida fe en las fuerzas interiores del hombre, en su bondad fundamental, como fuerza capaz de identificar el mundo arrasado.

En "Kaputt" en cambio, no se destila ninguna epíloga moralina idcológica, ningún "happy end" compensatorio (sin que tampoco en su lúcida dureza haya parestesco con la frivolidad deportiva del Möntherlant de "Le Songe").

Como avatar de esta guerra que no tiene postguerra, el gesto postrero de la literatura es el mismo resignado ponerse a la tarea, vacío de efusiones y fanfarrias.

No falta aquí, sin embargo, una ética sobria y sin esperanzas inmediatas unas reglas de conducta que no niegan de la mejor tradición de Europa y que florecen en una actitud de piedad y de coraje, de caridad y de desafío. Esta norma, que en tantas partes de "Kaputt" se encarna optimistamente en el propio autor, y en otras obras impensablemente sobre diversos personajes (Sartori y Pelligrini en Jassy); esta ley que no tiene más que dos artículos: defensa del desvalido y afirmación personal, no es la autososte-

nida respuesta a un mundo laborintico y malo. Como en un gran paisaje, más lejano y definitivo que el de la guerra y sus lesiones, saltando por sobre ellas, se opera algo así como una aventurada alianza pontifical entre esos valores que el hombre postula y una final excecencia e inteligibilidad del universo.

La ética malapartiana no deja de apoyarse nunca en la incabable belleza, misterio y bondad de lo creado. La naturaleza, las cosas y las bestias. Muchos seres humildes o altos, cargados de pudor, de dignidad o de gracia hacen latir dolorosamente el pulso con un fugaz, pero eternamente elevado resplandor.

Esta visión, como rilkeana y franciscana del mundo, esta ontología de lo vital, queremos destacar hasta qué punto es por sí misma una moral, hasta qué punto el ser de las cosas ordena un hacer del hombre. En esta concepción unitaria de todo lo viviente, en ese animismo romántico, en esos vínculos secretos que todo lo enlazan, es forzoso exaltar el tema y el amor de lo animal. En una misma ternura y asignación, todos sus ejemplares, entre el reno y el pájaro cobran de lo humano, la significación, y el hombre la inocencia del animal y su capacidad de encarnar poderes primitivos. Una simpatía cálida y supersticiosa abarca desde el pavo y el jabalí asados, en la mesa de Frank, hasta la gracia del ave y del perro vivos, hasta el mensajero viento de carroña que mandan los caballos deshelados de Ladoga y la yegua muerta de Ucrania.

"Kaputt" tiene 363 páginas. Fue traducción del italiano por R. Coll Robert, impreso en Buenos Aires en Mayo de 1948, y editado en la colección "Los libros de nuestro tiempo".

Carlos R. de Azúa.